

TEXTOS DE PRESENTACIÓN Y DE ÁMBITOS

Texto introductorio a la exposición

El fotógrafo Jean Marie del Moral (Montoire-sur-le-Loire, Francia, 1952) tiene una visión humanista del mundo. Mira con el mismo interés y fotografía con el mismo respeto cualquier situación, objeto o persona que se le pone delante del objetivo. La relación que Del Moral establece con aquello que retrata –artistas de renombre o personajes anónimos, paisajes de toda índole o situaciones callejeras más o menos insólitas– es serena e intensa. Es la misma relación que propone que el público tenga con sus fotos, que no se imponen a los ojos, sino que invitan a mirar, sin estridencia ni efectismos.

Desde sus inicios como fotoperiodista en el mítico periódico comunista francés *L'Humanité*, la trayectoria de Del Moral se ha alargado durante casi medio siglo y ha dado como fruto una obra rica y variada. La riqueza y variedad de su obra son el resultado de la riqueza y variedad de su vida, marcada por tres factores: su condición de hijo de republicanos españoles exiliados y su doble identidad hispanofrancesa; el descubrimiento, siendo muy joven, del arte, una pasión que lo ha acompañado siempre y ha sido uno de los motores de su trabajo; y, por último, el nomadismo, que lo ha llevado a recorrer una gran parte del planeta, desde las dos Américas hasta Rusia y África, pasando por China, Turquía y el continente europeo entero.

La exposición *Life vest under your seat* (Chaleco salvavidas bajo el asiento) presenta una muestra sintética pero representativa de la extensa obra de Del Moral. Se centra en cuatro ámbitos: el trabajo sobre artistas y talleres: Miró, Barceló y Fenosa, entre muchos otros; la panorámica de medio siglo sobre un planeta diverso y cambiante; los retratos de personajes tanto anónimos como reconocidos; y las incursiones en el terreno del (in)formalismo más experimental. Son fotos que siempre buscan la belleza y el sentido. Y los encuentran.

El taller, espacio mental del artista

1978. *L'Humanité Dimanche* encarga a Del Moral que viaje a Barcelona para hacer una serie de retratos y de reportajes de intelectuales y creadores que habían destacado por su compromiso antifranquista. Es cuando conoce a Joan Miró, que le abre las puertas de su taller en Mallorca. Para el fotógrafo, apasionado por la pintura desde la adolescencia, la visita al mítico Miró le permitió descubrir que los talleres son los espacios mentales de los artistas y que, por tanto, curiosear por ellos y fotografiarlos es como desplegar un mapa inmenso de posibilidades visuales. Del Moral lleva ya más de cuarenta años retratando a artistas y sus talleres, y la nómina impresiona. Ha fotografiado a artistas catalanes y españoles exiliados en Francia, como Apel·les Fenosa, Xavier Valls, Antoni Clavé y Baltasar Cobo; a numerosos gigantes plásticos del siglo XX, por ejemplo, a Tàpies, Saura, Motherwell, Chillida, Zao Wou-ki, Joan Mitchell y Pierre Soulages; a toda la generación de los Barceló, Plensa, Campano y compañía; y a las estrellas más llamativas y rutilantes del panorama artístico contemporáneo, entre las cuales Hirst, Cattelan, Weiwei y Abramovic. Detallistas y penetrantes, formalmente impecables y humanamente cálidas, son fotos espléndidas que ayudan a mirar mejor la obra de los artistas que retratan y que nos familiarizan con el imaginario desde el que trabajan.

Mundo

Para un fotógrafo, vivir quiere decir mirar el mundo. En este sentido, viajar significa ampliar y enriquecer continuamente la propia mirada, y los frutos que obtenemos. Cámara en mano, Del Moral lleva medio siglo recorriendo arriba y abajo el planeta. Primero fue su debut como periodista cubriendo la Revolución de los

Claveles portuguesa, que puso punto final a la dictadura más vieja de Europa. Después vinieron los largos viajes por Canadá, donde cubrió los Juegos Olímpicos de Montreal en 1976 (¡Nadia Comaneci!), y los Estados Unidos, donde descubrió la majestuosidad de los paisajes naturales y la dureza de los urbanos. Y posteriormente la URSS, China, Turquía, Japón, África, México, Arabia Saudí... La de los últimos cincuenta años ha sido una historia de cambios acelerados y, a menudo, imprevisibles. Aunque Del Moral no hace una fotografía explícitamente sociopolítica, ha captado estos cambios de una forma sutil pero elocuente: la opulencia desenfrenada del capitalismo, la caída del comunismo soviético, la depresión económica que asoló determinadas áreas de la Francia y la Inglaterra rurales, la reconversión de China en un híbrido de autoritarismo comunista y codicia capitalista... Es el mundo que nos ha precedido y es el mundo en el que vivimos.

(In)formalismos

Una lección que Del Moral aprendió enseguida practicando el fotoperiodismo es que el mundo ha de ser retratado tal y como es, sin trucos ni manipulaciones ni efectismos. La idea es que si como fotógrafo no tienes suficiente con lo que la vida y el mundo te ofrecen, la culpa, por tanto, no es ni de la vida ni del mundo. Apostar por la naturalidad, en todo caso, no significa hacer una fotografía de un realismo obvio, frontal, ni buscar siempre lo familiar y fácilmente reconocible. Muchas fotografías de Del Moral son de una audacia formal que desconcierta y maravilla. No suelen tener presencia humana y parece que su propósito final sea revelar las abstracciones contenidas en la figuración cotidiana de la realidad de cada día: “Estas abstracciones –explica Del Moral– son una parte de la realidad que con

frecuencia es menospreciada por el ojo. En cambio, a mí siempre me ha fascinado. La fascinación me viene del amor que siento por la pintura abstracta, especialmente por la de los expresionistas abstractos norteamericanos”.

Retratos

Humanismo, calidez existencial y voluntad de comprender fotográficamente al otro recorren de lado a lado la obra de Del Moral. Donde esto se percibe mejor es en sus retratos. Tanto da quién es el modelo –si un artista muy cotizado, un poeta principesco, un carbonero con la cara sucia, su abuela Higínia, una bailarina exhausta del Bolshói o una mujer turca de pueblo–, Del Moral nunca hace distinciones, nunca establece jerarquías. Retrata a todo el mundo de la misma forma, capturando y mostrando la dignidad natural que irradian siempre, si no se les ha maleado, todos los seres humanos. Frontal pero cómplice, directo pero nunca invasivo, Del Moral es siempre respetuoso, pero nunca idealiza. Porque él tiene clarísimo que, cámara en mano, no es necesario idealizar nada ni a nadie: solo hace falta mirar bien, mostrar un interés genuino, tener ganas de compartir y comprender. Ya hemos dicho que no hace distinciones, aunque sí se fija en lo que distingue a quien retrata. Por origen, por historia personal, por carácter y por circunstancias históricas, cada persona es como es, cada cara es un mapa y cada cuerpo es un mundo. Del Moral fotografía esta diversidad compleja y fraternal.